



Francisco Rodríguez Lestegás (coord.), L.M. García Bernadal, A. Herrero Figueroa, J. Huerta García, A. Marco López, F. Rodríguez Lestegás, B. Silva Valdivia. *Identidad y ciudadanía. Reflexiones sobre la construcción de identidades*. Horsori Editorial / Servizo de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela; Barcelona / Santiago de Compostela, 2008, 175 págs.

La educación para la ciudadanía lleva ocupando, para bien y para mal, el debate político en España en los últimos cuatro años, a partir del momento en el que el gobierno socialista incorpora esta materia como obligatoria en una parte, muy pequeña, del currículo de la educación básica. De hecho, no debe considerarse una iniciativa aislada y debe ser enmarcada en un conjunto de directrices europeas que culminan el 2005 con la declaración del *Año Europeo de la Ciudadanía a través de la Educación*, como parte integrante de la estrategia de Lisboa, lanzada en marzo de 2000.

Más allá del debate partidista, que no ha facilitado precisamente las cosas a los profesionales de la educación, las dificultades de la nueva materia radican, por un lado, en los antecedentes educativos inmediatos sobre este asunto, demasiado relacionados con la educación en valores, la educación emocional y, por supuesto, los famosos ejes transversales y, por otro lado y quizás más importante, en la indefinición o ambigüedad del mismo término de ciudadanía. El libro que reseñamos proporciona argumentos y razones en esta segunda línea. Ciertamente, se trata de un volumen de seis textos, de diversa factura, a cargo de sendos profesores y profesoras relacionados con el grupo de investigación Elincis, de la Universidad de Santiago de Compostela. El conjunto, intenta, y lo consigue, abrir espacios de reflexión desde el análisis pedagógico relativos a la condición de ser y ejercer como ciudadanos y ciudadanas en un mundo abierto y dinámico, y por lo tanto incierto y ambiguo. Que el desarrollo de la ciudadanía deba trabajarse desde la escuela sólo es negado por la caverna; lo que ocurre es que «la expresión "educación para la ciudadanía" se nos presenta con un carácter polisémico, ambiguo y de perfiles borrosos», como expresaba ya el coordinador de esta obra en un artículo publicado en *Revista de Educación* (vol. 10,

2007, p. 81-90), donde argumentaba con claridad sus dudas acerca de la eficacia de la institución escolar para implementar la nueva materia.

Sin duda, el argumento más complicado radica en el mismo concepto, que a nuestro juicio no puede separarse de la dimensión política de la persona. No obstante, esta complejidad se agrava cuando lo intentamos relacionar con el de identidad, asunto si cabe más confuso. Sin atrevernos a calificarlo de neoestructuralista (ahora que celebramos el primer centenario de Lévi-Strauss), el primer texto (firmado por J. Huerta) dibuja, con Ortega, a la persona constituida por tres estructuras (sistémica, dinámica y operativa), invitándonos a «entender la identidad en clave de «yo», la ciudadanía como un elemento-dimensión de la «circunstancia», y la Religión como vivencia de la dimensión Transcendente de la persona». Este artilugio conceptual, prepara para la segunda entrega (L. García), que desde una óptica creyente funde la identidad cristiana con la ciudadanía, aprovechando el camino para lanzar los dardos hacia todo lo que desprenda tufo de democracia de supermercado, de creencias de usar-y-tirar, o de «verdades de Ikea». La reclamación de una laicidad genuina impregna este segundo texto, desde la sincera confesión de que «el cristianismo no es el antidepresivo o el ansiolítico para esta sociedad», pero recordando que esa identidad cristiana empuja valores asociados a la libertad religiosa y a la laicidad del Estado. Terreno preparado, pues, para el desarrollo de una ciudadanía activa, pluralista y responsable.

El volumen realiza aquí un cambio brusco, con tres entregas que nos sumergen en el terreno de la literatura, siguiendo enfoques y partiendo de intenciones distintas. Así, el tercer texto (A. Marco) acude a las relecturas del mito de Penélope (¿de nuevo Lévi-Strauss?), en clave femenina, para ayudar a construir una perspectiva de género en este edificio de la ciudadanía; una perspectiva que se aleja de la Penélope pasiva y sumisa, para apostar por una nueva voz, una manera distinta de ver y entender lo público desde una posición activa y rebelde, subversiva del orden androcéntrico. Siguiendo la estela literaria y la voz femenina, la cuarta entrada (A. Herrero) repasa la aportación de Emilia Pardo Bazán en la configuración de un modelo de niña-joven-mujer adelantado a su época, autora revalorizada ahora en el sector comercialmente rentable de la literatura para menores (llamada Literatura Infantil y Juvenil), público a quien dirigía subrepticamente sus escritos. La literatura también es el argumento del quinto capítulo del libro (B. Silva) pero cambiando el foco: la enseñanza de la literatura ha tenido, y sigue teniendo, una función destacada en la construcción de la identidad *nacional*. El canon

artístico y literario no deja de ser una arbitrariedad estética muy sacudida y marcada por la moda; cuando además lo queremos envolver en una atmósfera patriótica y asignarle una función proselitista, la ligereza adquiere dimensiones monstruosas, por no decir peligrosas. Por supuesto, el aserto sirve para las literaturas con Estados que las respaldan, para las que aspiran a ello, y para las que se adjudican una misión salvadora. Cuando alguien se atribuye la voz del grupo, debemos prepararnos para lo peor; como dice Suso del Turo, en una cita recogida en este texto: «Pero a lo que no deben aspirar los escritores es a expresar una idiosincrasia colectiva».

Este denso e intenso libro se cierra con una excelente, sin desmerecer las que antecedieron, sexta entrega (F. Rodríguez) acerca de la construcción de la identidad territorialmente delimitada. Como no podía ser de otro modo, *tocaba* analizar lo identitario desde la geografía humana, materia de larga tradición escolar, sin duda, pero también sujeta a interferencias en sus fronteras epistemológicas. Después de la religión, la lengua, la literatura y la educación, le llegaba el turno al territorio, variable que empezó a flaquear cuando el Estado-nación hizo dejadez de sus funciones, se desterritorializó y traspasó responsabilidades hacia abajo (nuestras comunidades autónomas) y hacia arriba (las nuevas instancias europeas y transnacionales), algo de lo que no nos lamentamos, por supuesto. La europeidad, también recogida en la declaración de Lisboa que recogíamos al inicio de esta reseña, supone un reto de primer orden especialmente en un contexto marcado por dos variables interconectadas: la globalización y la interculturalidad. La primera es un hecho mientras que la segunda no deja de ser un anhelo. A ello, al anhelo, se dirige la parte final del libro, con una conclusión que nos deja el corazón abierto: hay que redescubrir la educación.

Afortunadamente estamos ante un libro que, sin ocultar su raíz occidental, evita el tono apocalíptico que suele empañar los diagnósticos acerca de la necesidad de educar para una ciudadanía activa, pluralista, responsable y, por supuesto, democrática. Negarse a la realidad que nos increpa no es la mejor táctica para el educador; el mundo se hace difícil de entender para quien se niega a aceptar el dinamismo y la incertidumbre que nos rodea. Lévi-Strauss, hace justo cincuenta años, lo dijo mucho mejor: «negar los hechos porque se los cree incomprensibles es ciertamente más estéril, desde el punto de vista del progreso del conocimiento, que elaborar hipótesis».

*Enric Prats*